

Cucho

José Luis Olaizola

Ilustraciones de Paula Blumen

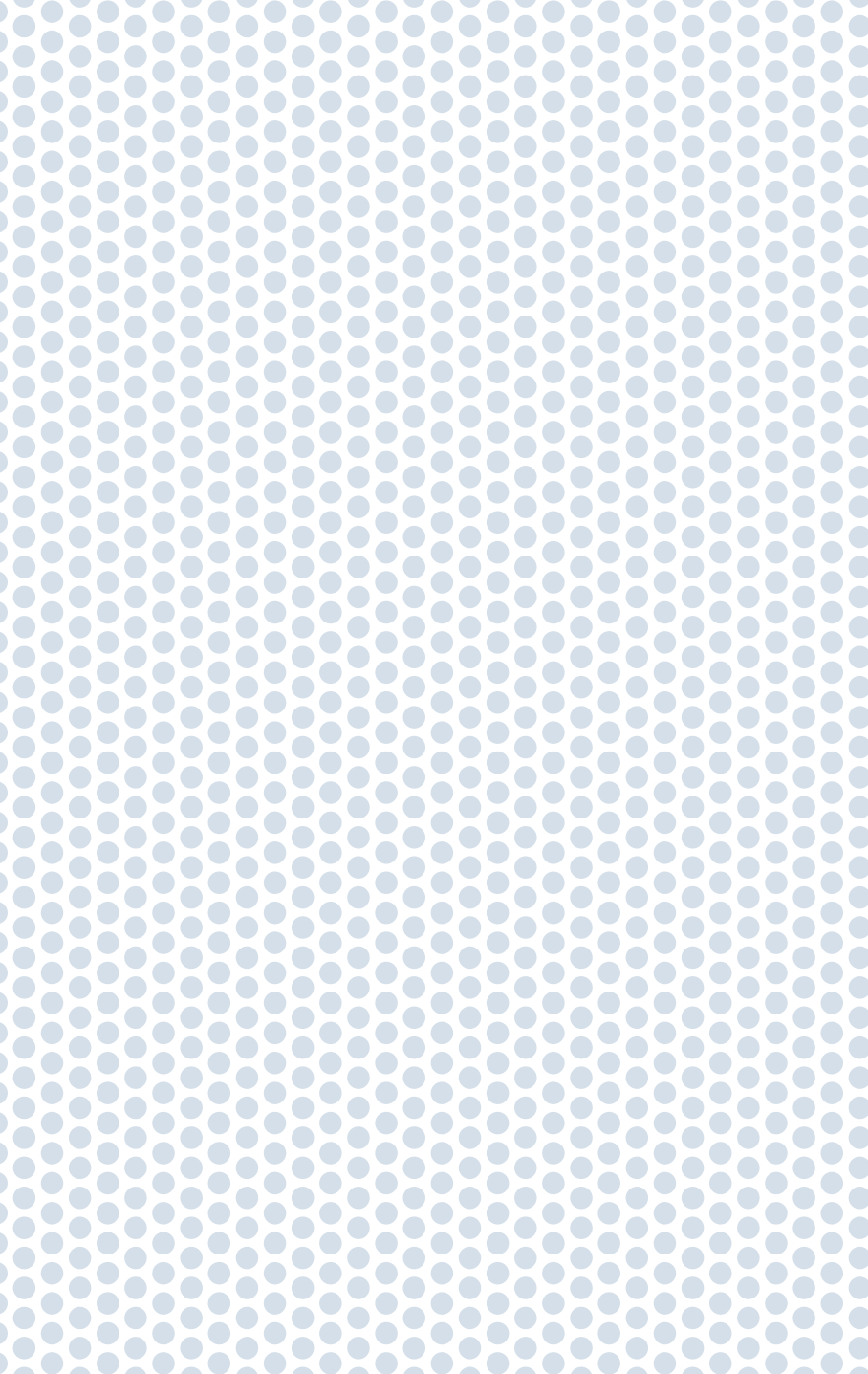


EL BARCO
DE VAPOR



sm

PREMIO
EL BARCO
DE VAPOR





EL BARCO
DE VAPOR

Cucho

José Luis Olaizola

PREMIO EL BARCO DE VAPOR 1982

Ilustraciones de Paula Blumen



Primera edición: mayo de 1983
Cuadragésima cuarta edición: febrero de 2018

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Carolina Pérez
Coordinación gráfica: Lara Peces y Marta Mesa

© del texto: José Luis Olaizola, 1983
© de las ilustraciones: Paula Blumen, 2018
© Ediciones SM, 2018
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-9599-4
Depósito legal: M-489-2018
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A mi hija Rocío.

CUCHO MALUQUER vivía con su abuela en un ático de la calle de la Luna, en Madrid. Iba al colegio como los demás chicos. No sabía por qué no tenía padres, pero, como otros chicos no sabían por qué no tenían abuela, estaban igual.

Su abuela se ganaba la vida trabajando de asistente, pero, cuando cumplió los sesenta años, tuvo tan mala suerte que se rompió una pierna. Aunque se la arreglaron, ya no pudo salir a la calle porque su casa era muy vieja, sin ascensor. Y como se quedó un poco coja, no podía subir las escaleras de los cuatro pisos que tenía el edificio.

–Tú no te preocupes –le dijo la abuela–. Yo sé coser y me puedo ganar la vida arreglando ropa.

Aunque la casa de Cucho estaba junto a la Gran Vía, que era la calle más importante de la ciudad, la ocupaba gente muy humilde. A pesar de todo, procuraban ayudar a la abuela, mandándole

ropa para coser, pero le podían pagar muy poco dinero.

Además, la verdad era que la abuela cosía regular, y como encima tenía muy mala vista, solo podía hacer arreglos de poca importancia. El caso es que empezaron a pasar hambre. Cucho menos, porque en el colegio, durante el recreo, se comía los bocadillos que dejaban a medias sus compañeros. Los había que no los querían ni probar y se los daban enteros. Casi les hacía un favor porque así no tenían que tirarlos a escondidas. En tal caso se los llevaba a la abuela; pero la mujer tenía otro problema: como le faltaban los dientes, le costaba



mucho morder el pan y solo se podía comer lo de dentro. Entonces Cucho se puso exigente y solo admitía bocadillos rellenos de cosas blandas como, por ejemplo, queso, mantequilla con mermelada, membrillo y, sobre todo, tortilla francesa.

Por tanto, la abuela cada día comía mejor, pero cosía peor porque veía muy mal. Un día se equivocó y, en un traje de caballero que le dieron para arreglar, a la chaqueta le puso, en lugar de las mangas, las perneras del pantalón. Cuando la vecina fue a quejarse, la abuela se disculpó:

–Ya me extrañaba a mí que su marido tuviera los brazos tan largos...



Por eso, aunque los vecinos quisieran ayudarla, resultaba difícil: veía tan mal que nunca sabían cómo iba a quedar lo que le dieran para coser. La mujer suspiraba:

–¡Ay! Si yo tuviera unas gafas...

Cucho –que tenía diez años, pero parecía mayor– se fue a una tienda a ver cuánto valían unas gafas. El dependiente le preguntó:

–¿Para quién son?

–Para mi abuela.

–¿Para qué las quiere?

–Para coser.

–¿Cuántos años tiene?

Esto no lo sabía Cucho, y por eso contestó:

–Pues como una abuela, pero de las más viejas.

El dependiente le entendió y le contestó:

–Calcula que unos ciento cincuenta euros.

El chico se quedó asombrado porque no imaginaba que unas gafas pudieran costar tanto dinero. Volvió a su casa y le dijo a la abuela:

–Oye, abuela, mejor será que dejes de coser. No nos compensa tener que comprar unas gafas.

La mujer suspiró.

–Y si no coso, ¿qué voy a hacer todo el día en casa?

Cucho no sabía cómo solucionar un problema tan complicado.

En cambio, lo de la comida cada día resultaba más fácil, porque muchos compañeros del colegio procuraban llevar el bocadillo de tamaño doble para repartirlo con él. Es más, procuraban lucirse, porque si Cucho no aceptaba su bocadillo se sentían de menos.

–Mira, Cucho –le decía algún chico–, te lo he traído de jamón. ¿Qué te parece?

–Lo siento, pero el jamón es muy duro y mi abuela no lo puede tomar.

–¡Pero si es de jamón de York...! –se disculpaba el chico.

–¡Ah, bueno, entonces sí! –admitía Cucho–. Pero no lo traigas con tanto pan, sobre todo si tiene corteza.

Por eso, algunos se lo llevaban con pan de molde, como el de los sándwiches.

Una de las chicas del colegio, que se llamaba Celia, era la hija del dueño de la pastelería de la esquina, en la que además de pasteles había toda clase de dulces. Todos los chicos procuraban ser amigos suyos porque, además de ser guapísima, siempre llevaba los bolsillos llenos de caramelos.



Por eso era bastante presumida, pero a pesar de todo le preguntó a Cucho:

–¿Le gustan los pasteles a tu abuela?

Cucho se quedó pensativo y contestó:

–Bueno, pero solamente si son de crema.

Un día, don Anselmo, el director del colegio, se dio cuenta del tráfico de bocadillos entre la clase y Cucho, y se enfadó muchísimo. Don Anselmo era bizco, llevaba gafas, barba, y tenía que estar casi siempre enfadado para que los chicos no le tomaran el pelo. Es decir, los nuevos se asustaban nada más conocerle, pero luego, según le trataban, se les pasaba el susto porque a lo más que llegaba era a gritar. En cambio, doña Adelaida, que era una de las maestras, hablaba siempre muy suavecito, dándoles muchos consejos de toda clase, pesadísimos, aburridísimos. Y si los alumnos no le hacían caso, con la misma suavidad llamaba a los padres del desobediente, que se la cargaba.

Don Anselmo se enfadó muchísimo con lo del tráfico de bocadillos, sándwiches y pasteles, porque pensó que Cucho se los quitaba a los chicos para venderlos. Por eso le llamó a su despacho y le preguntó:

–¿Para qué les quitas el bocadillo a los otros chicos?

Quizá pensó que se los quitaba porque Cucho era de los más fuertes de la clase y, aunque solo tenía diez años, estaba más alto que muchos niños de once y hasta doce años.

–No se los quito: me los dan –le explicó el niño.

–¿Y por qué te los dan? –insistió el director sin perder su enfado receloso.

–Para que comamos mi abuela y yo. Es que mi abuela ya no puede trabajar. Se ha roto una pierna.

–Vaya, hombre... –empezó a balbucear compungido don Anselmo.

Balbuceó compungido porque se dio cuenta de que el chico llevaba los zapatos rotos y la ropa parecía muy vieja. Le llamó mucho la atención que los botones de la camisa, en lugar de ir cosidos en su sitio, estuvieran muy de lado, de modo que al abrochárselos en los ojales le quedaba la camisa como estrujada.

–¿Y por qué llevas los botones en un sitio tan raro?

–Es que me los cose mi abuela. Pero como no tiene gafas y ve muy mal, cada vez quedan en un sitio diferente.

–Vaya por Dios –se compadeció don Anselmo.

Luego, se puso muy reflexivo, abrió un cajón de la mesa de su despacho y sacó unas gafas de

aire antiguo, con uno de los cristales rajado, y se lo estuvo pensando un rato. Al final, se las dio a Cucho.

—Estas son unas gafas viejas que yo uso para leer, pero que no las empleo casi nunca. A lo mejor a tu abuela le sirven. ¿Cuántos años tiene?

Era la misma pregunta que no supo responder al dependiente de la óptica. Y, como seguía ignorando la edad de su abuela, le respondió poco más o menos lo mismo que al otro:

—Es una abuela de las viejas. Quizá sea mayor que usted.

Don Anselmo se enfadó:

—¡Seguro que es mayor que yo! ¿Pero qué te has creído?

Se enfadó porque era un hombre joven, aunque la bizquera y la barba lo disimularan. Cucho pensó que ya no le daba las gafas. Pero se las dio.

—Bueno, que pruebe tu abuela a ver si le sirven.

Cucho tenía la mala costumbre de no saber dar las gracias. Por eso cogió las gafas y salió del despacho sin decir nada. El director pensó que el niño se marchaba enfadado porque le había acusado de quitarles los bocadillos a los otros chicos, y le volvió a llamar:

—¡Cucho!

El niño ya estaba en la puerta, pero volvió a entrar.

–Oye –le explico don Anselmo–, me parece muy bien que los alumnos te den los bocadillos, ¿sabes?

–Sí, señor –asintió el chico.

–Me hubiera parecido muy mal que les quitaras los bocadillos para venderlos en la calle.

Esto último lo dijo riendo, como quitándole importancia a la cosa. Pero le dio una excelente idea a Cucho.

La idea fue vender los bocadillos sobrantes en la plaza de España, muy cerca de su casa. Al director le habría parecido mal que Cucho robara bocadillos para venderlos; pero no dijo nada de vender bocadillos regalados. Por si acaso, no comentó con nadie lo que hacía con la cantidad de bocadillos conseguidos cada día en el colegio.

No los vendía por capricho, sino porque necesitaban dinero en el ático de la calle de la Luna, para pagar el alquiler. El primer mes se lo pagaron entre todos los inquilinos, pero también tuvieron la mala suerte de que, como el edificio era muy viejo y amenazaba con caerse, algunos de los ocupantes se marcharon a vivir a otras casas y, por tanto, ya no los podían ayudar.

Solo siguieron viviendo la portera, que era tan anciana como la abuela; don Antonio, un viejo músico, y doña Remedios, dueña de una mercería junto al portal.

Además, a la abuela le convenía tomar leche, y esa no se la podían dar los alumnos del colegio. Por eso necesitaban dinero.

Un día, doña Remedios le puso los pelos de punta porque le dijo:

–Mira, Cucho, lo mejor para tu abuela sería meterla en un asilo. Estará muy bien atendida.



De momento, Cucho no comentó nada. Pero cuando fue al colegio se lo preguntó a Celia, la hija del pastelero, que además de ser la más guapa era la que más sabía de la clase y siempre sacaba las mejores notas.

—Oye, Celia, si a mi abuela la meten en un asilo, ¿qué me pasaría a mí?

La chica se lo pensó y, como si fuera la cosa más natural del mundo, le contestó:

—Pues a ti te meterían en otro.

—¿Pero hay también asilos para niños?

—Claro.

La niña lo dijo con frialdad, como si le importara un pito lo que le pasara a Cucho. Por eso este, disimulando su rabia, le comentó también con mucha naturalidad:

—Oye, Celia, no me traigas más pasteles para mi abuela. Dice que la crema de dentro está agria y le hacen daño.

La niña, en lugar de enfadarse, se quedó muy triste y con los ojos a punto de llorar. Por eso Cucho se marchó corriendo, fastidiado, ya que, aunque Celia fuera una presumida y una sabelotodo, con él siempre se había portado bien.

Cucho empezó a vender los bocadillos en la plaza de España porque era un lugar en el que también otras personas vendían cosas. Había señores con tenderetes en el suelo y vendían cosas raras que no servían para nada. Había chicos como él, o un poco mayores, con una cesta colgada del cuello y vendían barquillos. Otros vendían tabaco. Pero, afortunadamente, nadie vendía bocadillos. Por tanto, tomó la cesta de la plancha, que estaba bastante nueva, y colocó los bocadillos como mejor supo, sobre un trozo de sábana blanca para dar sensación de limpios. Además, los cubrió con un hule.

El primer día se puso a pasear, despistado, por la plaza, sin saber muy bien lo que debía hacer para vender los bocadillos. Además, hacía mucho frío porque era el mes de diciembre. Hasta que un señor, sentado junto a un tenderete de cosas muy raras, le llamó:

—¡Eh, chico! Ven aquí.

Peor pinta no podía tener, y a punto estuvo de no ir. Llevaba los pelos muy largos y más bien sucios. Procuraba taparse con un anorak, muy viejo, hasta los ojos. Sobre las piernas se había echado una manta muy vieja. Estaba sentado en el suelo. A pesar de todo, se acercó a él.

—¿Tú qué vendes? —le preguntó el hombre.

–Bocadillos.

El peludo los miró, soltó un taco de los que ya conocía Cucho y comentó:

–¡Qué bocadillos más raros! Cada uno es de un tamaño distinto...

En eso ya se había fijado Cucho, pero no le veía solución. Es decir, él se había dado cuenta de que las cosas que se vendían en la calle eran todas del mismo tamaño. Por ejemplo, los vendedores de barquillos los vendían iguales o, a lo más, de dos clases. Mientras que cada bocadillo de su cesto era diferente en tamaño, clase de pan y contenido.



–¿De dónde los has sacado? –le preguntó el hombre.

–Los hace mi abuela –fue lo único que se le ocurrió decir a Cucho.

–Ah, ¡claro!

Sin más explicaciones, tomó uno de fuagrás y se lo empezó a comer. Con aquella pinta tan mala como tenía el señor, Cucho pensó que no se lo pagaría.

–Está bueno –dijo el hombre hablando con la boca llena–. ¿Cuánto vale?

–Un euro.



El hombre se quedó con la boca abierta, enseñando la comida con muy mala educación, volvió a soltar otro taco, de los peores, y le dijo:

–Pero... ¿tú eres tonto, chaval?

Cucho estuvo a punto de echar a correr, pero de puro miedo se quedó quieto. Entonces el hombre tomó otro bocadillo, esta vez de queso, y le volvió a preguntar:

–¿Y este cuánto vale?

Puesto que lo de un euro le había enfadado tanto, Cucho decidió dejarlo en cincuenta céntimos. Entonces el hombre se enfadó de tal modo que soltó un taco de los prohibidísimos en el colegio ya que, según don Anselmo, eran también una blasfemia.

Cucho se quedó paralizado. Mientras tanto, el hombre se echó mano a un bolsillo para sacar una navaja y matarle; pero en lugar de una navaja sacó un billete de diez euros y le dijo:

–Mira, muchacho, dile a tu abuela que estos bocadillos en cualquier bar no cuestan menos de cuatro euros. ¿Me entiendes? Aunque tú los vendas a dos euros, son baratísimos, ¿lo oyes? Anda, toma diez euros por los dos. Y vuelve mañana.

Lo de los bocadillos fue un éxito increíble.

El peludo del primer día, al que llamaban el Langosta, le compraba por lo menos dos, y además le hizo propaganda entre los otros vendedores de tenderetes. Por eso había días en los que, en menos de una hora, se le terminaba la mercancía y se volvía a su casa con unos cuarenta euros.

En vista de lo cual, advirtió en el colegio que su abuela se había puesto dentadura postiza y, por tanto, podía comer toda clase de bocadillos, aunque lo de dentro fuera duro. Fue curioso, pero a ningún chico le extrañó que hubiera días en que se llevara treinta bocadillos. Lo peor era lo de Celia: seguía triste por lo que le dijo de la crema agria de sus pasteles. No le hablaba, y Cucho no sabía cómo arreglar su metedura de pata.

La abuela al principio se asustó, porque ella en su vida había ganado tanto dinero en un día, y llegó a pensar si su nieto robaría. Pero cuando le explicó lo de la venta de bocadillos, la mujer se quedó muy tranquila y muy feliz. Porque se bebía cada día un litro de leche, que era lo que más le gustaba. Además, como con las gafas que le había regalado el director del colegio veía un poco mejor, le empezó a hacer un uniforme a don Antonio, el músico. Era ya el único vecino que quedaba en la casa.



En la plaza de España se encontraba muy a gusto y muy protegido. Un día, unos chicos mayores, cuando ya se marchaba, le quisieron robar lo recaudado con la venta de los bocadillos, pero el Langosta se dio cuenta y acudió en su ayuda con un palo, consiguiendo poner en fuga a los chavales.

El Langosta vendía collares, pulseras y toda clase de adornos, con mucho éxito entre las turistas extranjeras. Como la plaza de España era un punto muy concurrido, siempre estaba repleta de extranjeros dispuestos a comprar algo. Apenas



sabían hablar español, pero con el Langosta se entendían y se reían mucho. Se veía que caía bien y, por eso, cuando las animaba a comprar bocadillos a Cucho por «ser mucho buenos», las mujeres le hacían caso y se los compraban.

Cucho, aunque terminara de vender su mercancía, se quedaba un buen rato en la plaza, porque lo que más le gustaba del mundo era ver cómo vendían sus cosas el Langosta y los otros vendedores. De tal modo que ya tenía decidido que, cuando fuera mayor, pondría un puesto de aquellos.